

## En busca de un absoluto

José Teruel

*Los años norteamericanos de Luis Cernuda*

Pre-Textos y Fundación Gerardo Diego,  
Diego, Valencia, 2013.

### JENÚN AGUADO

Según muchos testimonios, entre ellos del propio poeta, a Luis Cernuda no le gustaba la idea de ser objeto de una biografía. De hecho, uno sospecha que lo que no le apetecía nada era tener biografía. A Luis Cernuda le habría gustado ser la encarnación de un absoluto (la poesía, el amor, el cuerpo luminoso, la inteligencia pura, quizás incluso un dios menor), es decir, alguien con cualidades metafísicas antes que con cronología y datos cotidianos. Un imposible el de este deseo de trascendencia a priori que en parte le arruinaría las sucesivas realidades a las que, como cualquier mortal, se tendría que ver sometido y que explica muchos de sus poemas, los cuales se fugan hacia los límites de lo expresable y de lo sensible en una búsqueda desesperada por fundirse con ese deseo inalcanzable (puesto que lo intrascendente no puede mirar cara a cara la trascendencia sin convertirse en polvo y en nada) del que emanan. Así las cosas, cómo le iba a gustar que hurgaran en sus días, que se contaran las menudencias de sus idas y venidas, que se analizaran sus relaciones (literarias, personales) con la indiscreta y poco fiable lupa de la crítica o del simple chismorreo. Y, sin embargo, tenemos que hacerlo porque Luis Cernuda ya no es sólo Luis Cernuda sino que también es, y cada vez más desde que falleciera en 1963, cada uno de nosotros, sus lectores,



sus devotos, los que nos miramos en su ejemplo para aprender algo sobre cómo está organizado este juego que llamamos vida, los continuadores de uno de los legados más hondos, conmovedores, certeros y perdurables de la poesía en castellano del siglo XX.

De esas idas y venidas de Luis Cernuda a las que antes me refería lo sabemos, hoy en día, casi todo gracias a la espléndida y difícilmente mejorable biografía en dos tomos que le dedicara Antonio Rivero Taravillo (Tusquets, 2008 y 2011). Sin embargo, bien venidos sean estudios complementarios, como este de José Teruel que comentamos aquí, que intenten profundizar en períodos y aspectos particulares del poeta. Con algunos nuevos documentos y, sobre todo, con enfoques hermenéuticos que sitúen mejor o de otra manera su obra en el interior de su existencia o al revés.

Luis Cernuda llega a Estados Unidos en 1947, donde será profesor, gracias a la intercesión de Concha de Albornoz, en el Mount Holyoke College de Nueva Inglaterra. Allí, después

de muchos años de privación por culpa de la Guerra Civil española y de la Segunda Guerra Mundial, encuentra abundancia, lujo, tranquilidad y una vida económica resuelta. En teoría, condiciones más que favorables para que, dejando de lado lo que José Teruel, siguiendo a la mayoría de estudiosos de la obra del sevillano, denomina, en distintos capítulos de este libro, "mania persecutoria", "orgullo destructor", "resentimientos literarios", "narcisismo", "culto a la insatisfacción" o ese constante y "neurótico pavor a que su obra sea malinterpretada", pueda concentrarse en su obra de creación. Estados Unidos siempre había estado en su horizonte de escenarios ideales gracias a las películas (y "el sueño atlético, cinematográfico y juvenil" al que sus protagonistas le invitaban), así que casi podríamos decir que instalarse allí le daba la oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva. No fue así en parte por su carácter, que le arruinaba la mayoría de sus alegrías, que minusvaloraba o de las que desconfiaba por sistema; porque Mount Holyoke College comenzó a ser, desde muy temprano, desde el primer invierno en el que se vio confinado allí, un "conventículo" solitario, sin estímulos, "una pesadilla", un lugar aburrido donde apenas podía hacer otra cosa que "hablar con los fantasmas"; y porque, por mucho que lo deseara, allí, o cerca de allí (en Harvard, en la Escuela de Español de Middlebury College...), se cruzó con esos compañeros de generación (Pedro Salinas, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, etc.) con los que ha acabado compartiendo fotos y antologías pero de los que estaba separado por muchas cosas esenciales (qué dolorosa, por cierto, esa frase referida a Cernuda de una carta de Guillén a Salinas que Teruel recoge: "¿Qué tenemos que ver nosotros con un marica?"). Luis Cernuda, siempre en fuga de sí

mismo y de sus circunstancias, no fue feliz en esa universidad femenina, como tampoco lo acabaría siendo, aunque de nuevo se auto-engañaría con vehemencia, en México cuando decidió renunciar a su puesto en ella y lanzarse a la aventura del regreso a la lengua madre y a un clima propicio a la pasión (allí encontró su último gran amor), ni en Los Ángeles o en San Francisco cuando, arrepentido de haber dejado Estados Unidos, regresara a este país para continuar su trabajo como profesor.

José Teruel le sigue de insatisfacción americana en insatisfacción americana y, al hilo de los numerosos documentos y poemas que cita, nos ayuda a comprender mejor el alma poliédrica de Luis Cernuda. Sitúa sus textos, sitúa sus más o menos secretas intenciones personales y literarias y sitúa su figura en el contexto de la cultura de su tiempo. Un gran esfuer-

zo de ordenamiento y clarificación que tiene como objetivo final, además de contarnos esos años americanos (también el de su viaje a Cuba, donde se reencontrará con su amiga María Zambrano y se hará amigo de Lezama Lima), el de deshacer algunos de los errores de percepción que sobre Luis Cernuda ha ido repitiendo una y otra vez la crítica. Por ejemplo cuando interpreta que Luis Cernuda, al dejar la seguridad económica de Mount Holyoke College y marcharse a México con dinero para subsistir sólo unos cinco meses, demostró una "profunda actitud antiburguesa, una valiente disponibilidad ante lo inesperado, su dignidad ante las adversidades econó-

micas, su inclinación a abandonar con todas las consecuencias el entorno habitual". También cuando afirma que "la contemplación de la belleza juvenil será para el escéptico y siempre enamorado Luis Cernuda el último rescoldo de la libertad individual".

Seguro que a Luis Cernuda, por mucho que recelase de las biografías, le habría gustado leer este *Los años norteamericanos de Luis Cernuda* de José Teruel. Para no renunciar a sí mismo, lo habría hecho con distancia, escondido detrás de uno de esos absolutos que tomaban su deseo y ennegrecían su realidad, pero satisfecho de que alguien hubiera puesto en pie parte de sus mejores años con respeto, con argumentos y con sensibilidad para hacer que los poemas (lo principal) no queden subordinados, como ocurre en muchas semblanzas de los poetas en general, al calendario y los cotilleos. ✕

